

En suma, Amado Nervo aparece con las características que ya van a ser las suyas a perpetuidad. Como un poeta menor, de índole apolínea (si tomamos en cuenta la clasificación de Nietzsche, en arte dionisiaco y apolíneo); aparece, además, como un galante y panteísta explorador de su ser, mas no conquistador de un estilo, de un ámbito literario de índole objetiva, externa. Un gran poeta menor como Nervo, no puede aspirar a ser jefe de escuela y no lo fué.

Un gran estilo lírico es síntesis de lo subjetivo en gran congruencia o confrontación con lo cósmico y con la historia. Amado Nervo es una leve o débil confrontación de sí mismo consigo mismo. Poesía interior que en sus facetas más pequeñas, no es sino simple poesía rosa.

Debido a que «el Tiempo» —lo subrayamos a modo de corolario—, ente abstracto por excelencia, es en América del Sur el crítico y el exégeta (a falta de éstos) en asuntos de poesía, cuando el poeta no proyecta su obra desde Nueva York, Madrid o Ciudad de México, no nos ha causado extrañeza el hecho que la colección «Austral» de Espasa-Calpe, esté abierta para Nervo y aun cerrada para los maestros contemporáneos de la poesía sudamericana: Pezoa Véliz, Vicente Huidobro, Gabriela Mistral, Pablo de Rokha, José María Eguren, César Vallejo, Sabat Ercasty, César Moro, Pablo Neruda, Enrique Banchs, etc., que no se sabe cuántos siglos habrán de esperar para que «el Tiempo», haga posible la edición popular, en noble escala, de sus mejores poemas.

Finalmente, esta salvedad no involucra la afirmación que sea un esfuerzo editorial innecesario e inútil, el hecho de haber dado nuevamente a la luz pública esta obra intitulada «Poemas» de Amado Nervo.—ANTONIO DE UNDURRAGA.

<https://doi.org/10.29393/At223-239SEFU10239>

LA SANGRE Y LA ESPERANZA, (Orbe), por *Nicomedes Guzmán*

No podemos enjuiciar esta notable novela del arrabal san-

tiaguino desde el punto de vista de sus defectos más inmediatos como son la impureza del idioma y un estilo descarado y sin registros. Las imperfecciones mayores y menores se encuentran aquí incorporadas a un núcleo vital poderoso y justificado en existencia diaria, como una mano abultada, corta y callosa va unida a un brazo nudoso y a un cuerpo robusto donde palpita un corazón aguerrido. La literatura chilena da su primer paso de 1944 con seguridad y brillantez con «La sangre y la esperanza» de Nicomedes Guzmán.

Los realizadores más próximos de la vida del barrio santiaguino y los más meritorios habían sido Joaquín Edwards Bello, Rafael Maluenda, Alberto Romero, Manuel Rojas y Sepúlveda Leyton. Un cultor más estilizado pero verídico y emocionalmente realista es Eugenio González en su libro «Destinos». Tocante a la autenticidad de lo vivido, la súbita explosión del pasado inmediato recordado en los ojos de un niño pobre, donde la realidad supera toda ficción intencionada y demostrativa, Nicomedes Guzmán ha superado a todos sus antecesores llevando el género a la perfección y creando sus mejores reglamentos. «La sangre y la esperanza» ha sido escrita sin pesquisa, sin búsqueda pintoresca: nacer, ir a la escuela, mirar al padre y a la madre, ser niño y adolescente, vivir en suma. Y del libro fluye una vida sin reparos, como una respiración necesaria y trágica.

Es una novela con público propio. Los nacidos en 1914, cuando la primera guerra mundial daba a los hombres de estas generaciones el primer aviso, encontrarán en viñetas crudas y sugerentes el perfil de sus primeros días. La novela de Guzmán nace a la vida literaria con muchos miles de iniciados que a la primera mirada vibrarán de entusiasmo. Buenos libros teníamos sobre la vida ciudadana, pero muy pocos. Nicomedes Guzmán es desde ahora el representante oficial de la novela del arrabal chileno. Novela formidable, vida desastrosa. Ha metido su mano sin reparos en la nocturna espesura del barrio y

un limo amorfo, sudoroso, se desliza de sus dedos hasta el libro. Esa es la vida, y sucede a treinta cuerdas mal contadas de la Moneda; suceder anónimo y desventurado donde se define y perfila el deshonor de la patria.

El observador es un niño que ama cierto tipo de vagancia: «Nos dieron asueto por la tarde en prueba de duelo y en memoria del compañero ido. Me pasé vagando por el barrio, molestando a los perros. Metiéndome a los conventillos, a camorrear con los demás muchachos».

Fácil es colegir que una vagancia tan desaprensiva en su forma es el mejor vehículo para captar la vida y calarla profundamente. La ausencia de teoría y demagogia en el libro es casi un heroísmo del autor y uno de sus mejores recursos del principio al fin. La primera parte intitulada «El Coro de los Perros», nos parece lo mejor del libro: su realización es insuperable, ciñendo el hecho elocuente con un lenguaje parco y angustioso, íntimo.

Abel Justiniano, Elena, el turno Llanos, «pan candeal», son personajes bien concebidos y clásicos en la vida de los barrios. En el fondo preside la madre, creación y estudio difícil de igualar en nuestra literatura: «Era ella una mujer. Una extraordinaria mujer con los zapatos empapados, con el delantal también empapado sobre el vientre y los pechos tibios, con las manos encarrujadas, reblandecidas por el desmanche, con los brazos enrojecidos de frío, con el moño un poco caído, con los ojos tristes... era mi madre».

«La sangre y la esperanza» aparece naturalmente este verano como un fruto a todo sol debido al probado buen gusto de la Editorial Orbe en sus selecciones; sabemos que ha sido rechazado sin nota en algún concurso. Es un diploma más. Nicomedes Guzmán puede estar satisfecho, esos jurados sentirán crecer sus orejas en nudosas y bermejas verrugas.—FERNANDO URIARTE.